

# el situacionismo: praxis de la negación

JOSEP SARRET

Hay textos de los que puede decirse lo que Octavio Paz de la poesía moderna: el pan que reparten entre sus fieles es una hostia envenenada, negación y crítica. Indudablemente, entran de lleno en esta categoría los textos situacionistas de Raoul Vaneigem que acaba de publicar Editorial Anagrama (1) paliando, de este modo, en la medida de lo posible, el triste desconocimiento que se tenía en nuestras latitudes de la obra del, a decir de muchos, único movimiento entre los protagonistas del Mayo francés del 68 que alcanzó cierta incidencia en el plano teórico. (Revulsivos prácticos y conciencias transmutadas los hubo a cientos en aquella magnífica y tal vez ingenua eclosión de furor revolucionario). La misma editorial, inequívocamente una de las más coherentes de nuestro confuso panorama cultural, anuncia la pronta publicación de otro texto clave de este movimiento, el "Traité de savoir-vivre à l'usage des jeunes générations", del mismo Vaneigem, y ya hace tiempo publicó una pequeña antología sobre la crítica de la vida cotidiana, con un esclarecedor prólogo de Eduardo Subirats.

¿Es el situacionismo una torre de marfil, un proyecto puramente teórico? En absoluto. "Ninguna nueva ideología puede aliviar nuestras torturas". "Todo lo que sea praxis entra en nuestro proyecto, aún con su parte de alienación, con sus impurezas de poder". Que pueden ser filtradas. Críticamente filtradas. Y la necesidad de esta nueva teoría crítica que propugnan los situacionistas se hace imprescindible en un momento en que —por lo menos en el mundo occidental— la lucha por la estricta supervivencia parece mínimamente resuelta, pero en cambio la mediocridad se extiende como una plaga bíblica, y en que el neocapitalismo burocrático expone desde hace tiempo un nuevo producto en las estanterías de su gran supermercado, ese templo del consumo superfluo: la banalidad. La sociedad tecnocrática nos ofrece la supresión de los residuos de la alienación natural a cambio de la asunción por nuestra parte de la alienación social. Parece que la muerte retroceda ante nosotros, pero en realidad se ha instalado ya en nuestras entrañas. Nuestro mundo se asemeja cada vez más a la tétrica imagen que trazaba Baudelaire: algún que otro oasis de horror en un desierto de hastio. Hasta hoy, la alternativa ha sido "sobrevivir o vivir"; pronto será otra: "suicidio o revolución".

La crítica situacionista no es una crítica reformista. Las posturas políticas reformistas adolecen de falta de radicalidad, ignoran, en su superficialidad, que si se le permite al poder elegir el contexto de la lucha, este contexto y el mismo poder se verán reforzados. Si se mantiene, aún negándola, la actual

circunscripción de lo que es el trabajo (chantaje para la supervivencia) o la necesidad (determinación del poder), ¿qué sentido tiene hablar de un reino en el que se dé "a cada uno según su trabajo, a cada uno según su necesidad"? La complejidad y la argucia manipuladoras de las actuales formaciones sociales exigen respuestas **totales**. "Lo que reivindicamos al exigir el poder de la vida cotidiana contra el poder jerarquizado es **todo**. Nos situamos en el conflicto que va de la pelea doméstica a la guerra revolucionaria, y hemos apostado por la voluntad de vivir. Nos interesamos fundamentalmente por los momentos en que brota la vida a través del glaciar de la supervivencia, tanto si estos momentos son inconscientes como si son teorizados, tanto si son históricos (revolución) como personales".

Esta exigencia total, esta praxis de la destrucción se concreta en un despiadado cuerpo a cuerpo con el poder desnudo. La lucha debe plantearse contra un estado de cosas que el capitalismo quizás no ha creado, pero sí exasperado hasta el paroxismo: la jerarquía del poder, la dialéctica de la apropiación. En la sociedad esclavista, el esclavo cede a la fuerza el producto de su trabajo; en la sociedad feudal, el cristianismo le convence de que lo suelte "voluntariamente"; en la sociedad capitalista, el obrero casi se ve obligado a agradecerle al patrono un puesto de trabajo, un altar para ser sacrificado.

Así, pues, la vida cotidiana es el campo de batalla en el que va a librarse el combate. Los objetivos vitales, de este combate son al mismo tiempo los puntos neurálgicos a los que se debe apuntar para herir de muerte a ese poder jeraquizado que coloniza nuestras vidas; frente a una organización de la apariencia en espectáculo autoaniquilador, la



Raoul Vaneigem

participación; frente a una separación esquizoide que nos parcela y despedaza, la comunicación; frente a una vida que es mero trabajo y sacrificio, la lúdica autorrealización. El situacionismo reivindica para sí un lugar en la vanguardia de la contestación: "Nuestra posición es estratégica. Estamos en el centro de cualquier conflicto, sea el que sea". Conflicto que se da también en el plano del lenguaje: "La distorsión y torpeza de nuestra manera de expresarnos (lo que un hombre de gusto llamaría, sin faltar a la verdad, terrorismo hermético, se debe a que estamos en la confusa frontera donde se libra el combate infinitamente complejo del lenguaje secuestrado por el poder y el lenguaje liberado, la poesía".

Es posible vincular a los situacionistas con una larguísima tradición revolucionaria: "Los gritos, las palabras, los antiguos gestos pueden hacer sangrar de nuevo al poder", y hermanarlos con otros heterodoxos que parecían sepultados por la losa del tiempo: desde Sade y Lautréamont, pasando por Fourier y Lewis Carroll, hasta dadaístas y surrealistas. Y, naturalmente, anarquistas. Tradición que brota de nuevo por todas partes: "Todas y cada una de las ideas situacionistas son la fiel prolongación de los gestos que a cada instante esbozan miles de personas intentando evitar que un día sea algo más que veinticuatro horas de vida echadas a perder", y que pueden confluir en el lugar más insospechado: "Estamos dispuestos a recoger en una próxima lucha radical toda la energía contenida en los antiguos antagonismos. De todas las fuentes tapiadas por el poder puede brotar un río que modifique el perfil del mundo".

"¿Dónde están los responsables, los hombres que deben ser abatidos? Es un sistema lo que nos domina, una forma abstracta." Es preciso que nos desintoxiquemos, que nos libremos de este Sistema, pero los elementos para hacerlo están en manos de los especialistas. ¿Significa ello que la revuelta situacionista es una revuelta de los privilegiados? No, pero si significa que los privilegiados pueden ser recuperados; hay casos desesperados, por supuesto (los especialistas del poder, difícilmente despertables de su delirio), pero muchos pueden todavía renunciar a su ilusorio lugar en la jerarquía del poder y blandir sus armas (sus versos y sus pinturas, sus diagnósticos y sus ecuaciones) contra esta omnipresente jerarquía, situándose en las filas de quienes se resisten a ser esclavizados, en la vanguardia contra la dictadura que el poder impone sobre nuestra subjetividad.

Nos embarga un poco de tristeza al recordar las fuerzas con que creían contar los situacionistas hace más de una década: ¿qué fue de aquél nuevo proletariado harto de la abundancia del consumo? (¿existió realmente?), ¿qué de la juventud rebelde?, ¿qué de la "intelligentzia" crítica, hoy amordazada en el Este y en el Oeste?, ¿qué del Tercer Mundo, posible aurora un día y hoy aplastado y sojuzgado por un imperialismo ya sin disimulos, con el fascismo a flor de fusil? ¿Qué fue de las propias ideas situacionistas? ¿Están todavía "en las mentes de todos"? Lo que sí está, de un modo tácito o explícito, es su consigna: **baiser parfois, baisé toujours!**

(1) Raoul Vaneigem, *Trivialidades de base y Aviso a los civilizados con respecto a la autogestión generalizada*, Cuadernos Anagrama, n.º 127.